

El enemigo invisible

Esther Andradí

—Papá, ¿cómo se frena un barco?
En el Wannsee, ese último domingo soleado berlinés antes de la catástrofe, un velero ocupado por una familia de tres niños se cruza con el nuestro. Mejor dicho: con ese en el que he sido invitada a navegar.

Buena pregunta.

Cuatro días después, cuando explotó el reactor nuclear en la central soviética de Chernobyl eran los adultos quienes reclamaban a los desconcertados expertos en improvisadas sesiones radiales y televisivas:

—Oiga, ¿cómo se frena un GAU ah?

Para los aún no iniciados en la terminología P-CH, es decir Post-Chernobyl, GAU es la abreviatura internacional par algo así como el Gran Accidente Atómico. ¿Y quién sabe cómo se frena la llamada “reacción en cadena”, ese caballo loco de la energía nuclear que escapa al control irradiando veneno, que no conoce límites de ninguna especie? A casi seis meses de Chernobyl, científicos, políticos y profanos se agarran la cabeza. . . Y aunque el potro del reactor ya haya sido frenado, ¿cómo frenar ahora la radioactividad que sigue penetrando en la tierra, en el agua, en los huesos de la gente a través de los productos alimenticios, del contacto con el pasto, con las hojas de los árboles? ¿Cómo frenar la ola de protestas que va desde médicos hasta físicos, encabezadas por el vientre de las embarazadas y los niños de colegio “que no quieren morir” como escriben en angustiosas cartas al gobierno?

Una cuestión de información, por supuesto. Como en el amor,



“ojos que no ven corazón que no siente”, así con la radioactividad. No se ve, no se siente, no se oye, no huele. Penetra nomás, está, como dios, en cada desayuno y almuerzo, en los mercados, en los prados, en. . .

Para los alemanes de Occidente, probablemente uno de los pueblos de mayor conciencia ecológica de Europa y uno de los mejores informados, la catástrofe está haciendo trastabillar estructuras de pensamiento que hasta Chernobyl sólo una minoría cuestionaba. Los partidos políticos, desde la gobernante y conservadora Coalición Cristiana hasta los socialdemócratas no tuvieron esta vez alternativa frente a los “verdes” quienes tomaron la delan-

tera en plantear como posible el “desenchufe”. Es decir, el prescindir de la energía nuclear. Y se discute con vistas a las próximas elecciones de marzo, en donde, como se sabe, también un buen número de la población habrá arrinconado en alguna oscuridad de la memoria al enemigo invisible que le arruinó un par de desayunos. Porque como dijo Simone de Beauvoir, “lo escandaloso del escándalo es que uno termina acotumbrándose a él”.

Una cuestión de información sin embargo, donde se hayan comprometidos cantantes de rock y pop. tan populares como Udo Lindenberg o el ya clásico grupo BAP, matemáticos y teólogos, mujeres, niños y viejos, científicos y políti-

cos. Cierta que mientras se puede, y se aguanta, la coartada del silencio es tentadora. O si no, que lo diga Gorbachov, el líder soviético, que ocultó la catástrofe mientras pudo, y ahora, semanas después cae la purga para los trabajadores de la central por "descuidados". Purga que llega incluso a la expulsión del Partido para el entonces director de la central, pero donde no se mencionan siquiera los implícitos peligros de la energía nuclear, "la más limpia del mundo", según sus apologistas.

Los franceses tampoco escaparon a la tentación de callarse. Como bien se sabe ahora, en 1983 ellos estuvieron también a un paso del GAU. Con Chernobyl, los parisinos se enteraron 20 días después, cuando la nube radiactiva ya había pasado por allí. Y mientras los campesinos del Palatinado alemán tiraban la verdura infestada, pocos kilómetros más allá, los franceses hablaban de la "histeria teutona". No por nada: en Francia, más de la mitad de la energía proviene de las centrales nucleares instaladas en el territorio...

La cifra de bequerels —que mide la presencia de yodo y cesio en los productos y en la naturaleza— es más importante que las informaciones meteorológicas en este país que vive un largo letargo invernal esperando la primavera. Y bequerel más o menos, uno siempre se termina amargando la compra o el almuerzo, paradójicamente, no porque no haya, sino porque más de la mitad de lo que existe está infectado, es decir, se ha vuelto venenoso. Cierta que ahora las cosas no son tan dramáticas como entonces, cuando ocurrió la catástrofe. En aquel momento, el sol brillaba pero los parques infantiles estaban vacíos. Y las piscinas, los prados, los bosques, los estadios. Acurrucados en sus casas, o bajo el techo seguro de los locales públicos, dejando los zapatos afuera y duchándose cada vez que se regresaba de la calle, los habitantes vivieron un adelanto del futuro. En los mercados, grandes car-

teles instalados en la puerta de ingreso advertían sobre lo que todavía podía comprarse y lo que ya no. Carne no se podía, huevos tampoco, ni leche, ni lechuga, ni tomate, ni...

De haber comido en aquel entonces esos productos, en una semana se hubiese acumulado en el cuerpo la radioactividad que en "tiempos normales" (¿volverán?) se acumula en 30 años.

"Como la descarga de 10 mil Hiroshimas" definió el prestigioso "Der Spiegel" a Chernobyl. Y entonces, aunque las cosas ya no son tan dramáticas, cualquier científico sabe que si bien el yodo tiene la ventaja de ser reabsorbido en pocas semanas, el cesio y el plutonio se mantienen en cambio un par de miles de años en la tierra, en el aire o

en el agua. Casi nada. Claro que no se ven, y sin embargo, el enemigo invisible traspasa fronteras, cortinas de hierro y cualquier muro que se le interponga, no conoce límites de ninguna especie, ni geográficos, políticos o militares. Se vive una nueva era. ¿Se la sobrevivirá?

En todo caso, el temible GAU, que el malabarismo de la estadística consideró como "posible en diez mil años", ocurrió ya, ahora, a menos de 5 décadas de reinado de energía atómica. La más limpia del mundo. Tan limpia como que puede dejarnos sin mundo, de puro obsesiva nomás.

Berlín, 1986.

Tomado de La Tortuga.

ediciones era



NOVEDAD

**LUIS CARDOZA
Y ARAGÓN**

PINTURA

CONTEMPORÁNEA

DE MÉXICO

EDICIONES ERA AVENA 102 09810 MEXICO. D. F. ☎ 581 77 44
■ GUADALAJARA ☎ 14 90 84 ■